

EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS...

¿Nos verán de la Luna?



A Luna es el astro preferido de los poetas románticos y de las niñas soñadoras, sin que nos sea conocido el motivo de semejante preferencia, la cual por ventura como toda la gama de las simpatías humanas carece de fundamento aceptable en las regiones polares de la razón.

Acaso la pasión contrariada o correspondida (los extremos se tocan) engendra en las naturalezas delicadas la melancolía... y tal vez cuando la tristeza se cierne sobre el alma nos inclinamos todos instintivamente a la soledad... y quizá los momentos más propicios para disfrutar del apartamiento y del silencio son las horas posteriores a la puesta del sol... Y si las noches son serenas, y la Luna está en fase próxima a su plenitud, y se levanta sobre el horizonte algo antes o después del crepúsculo vespertino, comunica su luz cenicienta y mortecina a los obetos que nos rodean aire de fantasmas y las imaginaciones excitadas por las misteriosas revelaciones del dioscecillo alado se entregan inadvertidamente al dulce pasatiempo de soñar.

Esto podrá no ser una explicación del hecho, pero ofrece a lo menos caracteres de verisimilitud. Sea de ello lo que fuere, y endosamos ese interesante problema psíquico a los filósofos, yá que nada nos dicen de él los libros de astronomía, lo cierto es que los poetas románticos y las niñas soñadoras se sienten fuertemente atraídos por la plácida y melancólica iluminación del nocturno viajero, confidente bonachón de todos los secretitos de amor. ¡Quién sabe si los moradores de la luminaria noctívaga experimentan igual atracción a la vista de nuestro planeta alumbrado por los resplandores del mismo sol!

Pero esa bola tibiamente esclarecida ¿arrastra en su carrera seres capaces de amar? Esa es la interrogante de nuestra amigueta, a la cual le tiene (hoy por hoy, que mañana será otro día) muy sin cuidado la propensión de trovadores y doncellas enamoradas a desahogarse de las contrariedades donde tropiezan sus amoríos con el plateado astro de la noche

en alas de suave balsámico viento,
que arruga las aguas y mece la flor.

Demos, pues, de mano a la risueña floresta de la poesía y penetremos por el cogonal de las matemáticas y de las ciencias naturales, yá que la aplicación de sus inflexibles leyes nos ha de conducir por donde podamos hallar el verdadero valor de la equis de nuestra ecuación. Y ante todo queremos advertir, a cambio de no dejar ninguna puntada suelta, que comenzamos este recorrido estelar por la Luna, primero porque es el único satélite de nuestro planeta y luego porque su distancia de la Tierra es tan pequeña, comparada con la de los

otros cuerpos celestes, que bien se merece esa modesta deferencia en atención a su misma vecindad.

La Luna se halla apartada de nosotros por 384.282 kilómetros, o sea TREINTA veces el diámetro de nuestro globo, de suerte que si para trasladarnos allá utilizásemos el rápido vehículo del rayo de luz, con el cual nos permitimos en artículo anterior el lujo de ofrecer una jira al curioso lector, llevaríamos al término de la jornada en algo más de UN SEGUNDO. ¡Eso es viajar! Su volumen es CUARENTA Y NUEVE veces menor que el de la Tierra, es decir, una proporción igual a la que habría en superficie entre la isla de Cebú y otra porción de tierra formada por Luzón, Mindanao, Masbate y Catanduanes. Su superficie es poco más o menos la de Europa y Africa sumadas, sin tomar entre los sumandos España y Portual, unos TREINTA Y NUEVE millones de kilómetros cuadrados, en números redondos.

Conocidas así, a carga cerrada, las dimensiones de la casa, vamos a examinar las condiciones de su habitabilidad, ateniéndonos a los principios generales sentados en lo que llevamos escrito sobre la materia, a cuyo recorrido nos vamos a limitar. Todo organismo vital requiere indispensablemente el cumplimiento de un cúmulo de circunstancias favorables a su existencia y desarrollo, sin que se conciba éste privado de aquella, ni pueda darse vida sin la consiguiente evolución orgánica, la cual como no responda a las exigencias de los elementos biológicos acaba fatalmente en la disociación de los componentes del ser.

Por de pronto, la Luna carece de atmósfera, y sin ella es la vida una quimera. Mas ¿quién nos responde de la verdad de esa afirmación? ¿No vendrá a ser una de tantas manifestaciones del "mentir de las esrellas"? Nada de eso. Hoy nos es afortunadamente tan conocida una de las caras de la Luna (la única que presenta siempre hacia la Tierra en virtud de su particular ley de rotación) como cualquiera de los puntos más accesibles de nuestro mismo planeta, y podemos dar las razones donde se funda la aseveración de la falta absoluta de la atmósfera lunar.

Ante todo, hemos dicho que la Luna nos presenta siempre y a todos la misma cara (mérito digno de notarse en estos tiempos donde los rostros se cambian con pasmosa facilidad de acuerdo con las conveniencias personales del propietario) y en consideración a los menos habituados con las trayectorias astrales diremos por qué. Como todos los planetas, está la Luna dotada de dos movimientos: el de rotación sobre sí misma y el de traslación al rededor de la Tierra. Y puesto que la velocidad de rotación es exactamente igual a la velocidad angular media de traslación, siempre, ofrece el mismo hemisferio a nuestra visual.

Probemos la carencia de atmósfera lunar. Quizá todos mis lectores hayan tenido la oportunidad de contemplar desde la cima de elevada mon-

taña la salida del Sol. En caso afirmativo habrían notado que cuando a ellos les herían ya los rayos solares, el valle lejano continuaba todavía envuelto en las tinieblas; y entre la viva iluminación de los picos y las sombras espesas de la hondonada pudieron observar una gama completa de tonalidades de luz, sin que fuera posible señalar la raya divisoria entre el sector alumbrado y el correspondiente a la oscuridad.

Esa difusión luminosa que provoca las medias tintas es debida a la capa atmosférica donde se halla arropada la Tierra, de suerte que si hay quien desde cualquiera de los astros vecinos pueda contemplar nuestro planeta, no podrá en modo alguno divisar la línea precisa donde comienzan las sombras y termina la luz. En la Luna sucede todo lo contrario. Si la examinamos en uno de sus cuartos, nos será dado percibir en el borde de la parte iluminada altas cumbres esclarecidas por los rayos del sol, las cuales se destacan sobre fondo negruzco como las estrellas en el firmamento, sin que el ojo hay podido descubrir nunca las faldas de donde arrancan aquellos picos heridos del fulgor solar. Nunca se ven medias tintas ni claro-oscuros en la superficie lunar.

Los astrónomos, y aun aquellos de mis leyentes que no lo fueren, no se dan por satisfechos con esa sola probanza, mas para satisfacción de unos y otros poseen otras de calibre y potencia mayor. Todos recordarán el espectroscopio, aquel sencillito cuanto utilísimo instrumento del cual hablamos en el número anterior. Pues, bien. Analizada en él la luz de la Luna, ese aparato delator no acusa ningún elemento extraño a la luz del astro-rey. Únicamente se diferencian ambas en la intensidad.

Aun hay más. Gracias a la precisión admirable de los cálculos astronómicos podemos predecir al momento exacto en que una estrella habrá de

desaparecer de nuestra vista por quedar oculta detrás del disco lunar. Pero si la luminaria nocturna estuviese rodeada de atmósfera, el rayo procedente de la estrella oculta sufriría una refracción más o menos considerable, lo cual haría que la viésemos después de entrada en el círculo y antes de salir de él. Las observaciones confirman lo contrario. La desaparición y la aparición coinciden con el momento tangencial de ambas superficies. Luego no hay refracción. De donde tampoco se da atmósfera lunar.

Según algunos sapientes, tales resultados podrían compaginarse con una atmósfera de una densidad QUINIENAS veces inferior a la nuestra, y, en sentir del Profesor Comstock del Observatorio de Washburn, suponen una densidad CINCO MIL veces menor. Si optamos por un término medio y nos quedamos con una densidad MIL veces menor que la de la atmósfera terrestre (lo cual es ya ser generosos con los defensores de la habitabilidad), equivaldría al vacío de las máquinas neumáticas ordinarias, algo así como nuestra envoltura atmosférica a unos SETENTA kilómetros de elevación, donde la vida es de todo en todo imposible.

Y basta. No hemos acabado de exponer argumentos, pero tampoco queremos continuar. La curiosa y simpática criatura que motiva estos escauceos astronómicos nos puso desde un principio la brevedad de cada artículo como condición esencial. En rigor de verdad, no es ésta la menor dificultad con que tropezamos al escribir. Mas dímosle palabra y querémosla cumplir. Otro día, Dios mediante, podremos dar la definitiva respuesta científica sobre la habitabilidad lunar.

Dr. Q. CHILLO.



¡Sus! De Gaita

« **S** nada lo que vocea!
Lo bochornoso del caso
es que me impone el fracaso
hombre de poca librea.

Un escritor que campea
no por volar al Parnaso,
sino hozar, paso por paso,
sotos de infame ralea.

Los asnos echar un trepe
no deben, ni pueden ¡nunca!
a quien sabe más que Lepe.

¡Guerra! a las bestias salteras!"
rebufaba en su espelunca
el rocín TIO TIJERAS.

SAN. TXO.